

HACE UN CUARTO DE SIGLO NUESTRA CIUDAD PUDO HABER SIDO PLAYA DE GINEBRA EN EL MEDITERRANEO

JUAN ESTELRICH ha muerto. Parece mentira como una noticia que así se escribe, en cuatro palabras, pueda causar tan profundo dolor. Dolor rayano con la lógica desesperación que a la fuerza ha de sentir nuestra impotencia humana al no poder enmendarla.

Pero también es cierto que en el caso de Estelrich tenemos, los que fuimos sus amigos, un mayor consuelo. El de ver cómo llegó a la cúspide, plétorico y triunfante, sobresaliente a muchas mediocridades de las que hoy no queda rastro ni recuerdo. De las que su mejor vida fué el olvido, cuando de Estelrich se hablará más que nunca a partir del momento que desaparece. De ahí la victoria de su vida porque, mundialmente famoso y reconocido, su gloria no termina ni caduca con su muerte.

Plumas más autorizadas y en páginas al efecto más pertinentes, se hablará del Estelrich creador de libros, del hombre público, del Director de la «Bernat Metge», del antiguo representante español en los Consejos de la Sociedad de las Naciones, del hasta hoy actual Jefe de la Delegación española en la UNESCO, de su recia formación, de su gran afluencia y don de gentes, de sus grandes condiciones

de orador y notable humanista que hay que apreciar en la personalidad global del ilustre extinto.

Hoy, luego de patentizar el inmenso dolor que nos causa su pérdida, a nosotros nos toca hablar del amor y cariño entrañables que Estelrich sintió por nuestra ciudad, de lo mucho que trabajó por ella y sobre todo, de cómo en cierta ocasión quiso elevar el nombre guixolense al rango de la internacionalidad, como anticipo y preliminar, como fundamento y base espiritual de lo que más tarde nos daría el turismo y para que éste no fuera solamente la trivialidad comercial con que en el más vulgar plan de cazadotes lo estamos a veces sirviendo, sin darnos cuenta que por lo mismo que el hombre no vive únicamente de pan, el turismo no puede ni debe vivir exclusivamente del paisaje, ni menos, mucho menos, del curanderismo y la charlotada.

Corría el año de 1935. En todas mis estancias en la Ciudad Condal, la visita a Estelrich era cosa obligada. Ese gran balear practicaba la amistad como un rito y en su amplia y completa visión gustaba de pulsar criterios y opiniones. En una de estas visitas le propuse la creación de una Revista que diera a la Costa Brava oportunidad de plantarse en el ámbito extranjero. Cabe decir que en un santiamén nos entendimos a las mil maravillas. Hombre él, de una imaginación formidable, improvisó su título y delineó su ámbito, como si el asunto lo viniera ya pensando desde muy lejos. Vamos a ponerle simplemente el título de «Revista Mediterránea» y su ámbito será el de los temas y pueblos que se asoman al Mare Nostrum.

Por su constante relación y amistad con la mayoría de las principales figuras del pensamiento y la intelectualidad europea, Estelrich aprovecharía todos sus contactos en las citas ginebrinas para captar la colaboración de las plumas más sonantes. Los artículos y ensayos se publicarían en el idioma original de su propio autor, con lo que la Revista iba a adquirir una factura internacional de primer orden. Todo quedó resuelto y previsto sólo en un par de sesiones. Estelrich era hombre de pensamiento tan sagaz y maduro que sus ideas y proyectos salían ya redondos y perfectos, seguramente — como yo le argumentaba bromeando — por estar en la Fundación de la Layetana barcelonesa tuteándose a diario con los clásicos.

Estaba ya previsto y definido que la sede de esta Revista debía radicar en nuestra ciudad. Con muy fina percepción, posiblemente en este caso concreto por su origen y experiencia balear, sabía o presumía lo que la ciudad guixolense podía dar de sí, frente al turismo receptor. Fué quizá por éso, por lo que no tuvo el menor inconveniente en que la proyectada «Revista Mediterránea» apareciera bajo el escudo guixolense.

Pero es que eso no fué todo. En sucesivas reunio-

